se vea es la realización de las cuatro letras que encabezan este saludo, y que, traducidas y acomodadas, signifiquen que también la crítica literaria sea un arma en pro de la moral, de la Iglesia, de Jesucristo.

En esto se debe ser del todo inflexible.

En lo demás, en las frases, períodos y palabras, cabe gran indulgencia, que, podremos decir con Horacio:

Petimusque damusque vicissim.

En esto, como en otras cosas, nuestros adversarios nos dan ejemplos muy aprovechables y provechosos, porque siempre será verdad que ellos, «los hijos de las tinieblas, son más prudentes que los de la luz».

Sea, pues, la crítica literaria para gloria de Dios.

A. M. D. G.

DE CRÍTICOS Y DE CRÍTICA

PORQUÉ DE ESTOS ARTÍCULOS.—Críticos jesuítas.

I. DIVERSOS CRÍTICOS.—Críticos bibliográficos.—Crítica gramatical.—Críticos modernistas.—Amor de lo extravagante: sus causas.—Aristocracia crítica: escuela moratiniana, é ilustres seguidores de ella: caracteres que le asigna H. Taine y Valera.—Escepticismo literario.—Pasión en el criticar.—Gusto literario en los momentos críticos de la sociedad.—Zola, Gourmand.—Á la crítica serena nos lleva el raciocinio y las tradiciones literarias españolas.

II. BREVE EXAMEN DE LA CRÍTICA JUSTA.—¿Qué es el crítico? Cómo no ha de ser ni censor, ni panegirista.—Código del crítico.—Lo bello artístico puede expresarse por el *splendor veri* platónico.—Belleza corpórea intelectual y divina.—Ambito de cada una.—Forma que á cada una corresponde.—Examen de defectos.—En qué yerra y en qué acierta Taine al explicar estas ideas.—Herrera, Lope de Vega.—Lo mismo dicen todas las escuelas críticas.—Sentimiento popular de España.

HABRÁ quien opine ser la crítica literaria impropia de ingenios religiosos, cuyas dotes naturales, cualesquiera que sean, han de estar, como la plata del santuario, consagradas al culto divino?

Quien considere empero ser la crítica ariete y máquina de guerra montada contra la fe y buenas costumbres; bandera de combate que congrega bajo sus pliegues los asalariados de la impiedad y de la licencia; juez venal que adjudica coronas según la pasión le aconseja, y derriba ó eleva reputaciones al capricho de intenciones malsanas; no verá con malos ojos que haya quien desee apoderarse de esas máquinas de guerra, clavarlas é inutilizarlas para el mal, izar la bandera del bien y del arte noble y dignificador, clamar para que los premios se adjudiquen al mérito y no á la vocinglería atrevida y descocada. Se puede, pues, criticando volver por la verdad, y á eso ha ido dirigida esta sección de nuestra Revista, como toda ella, consagrada «á defender los fueros de

la razón, los derechos de Dios y de su Iglesia y el honor y la grandeza de España» (1).

Después de todo, no faltan, dentro de nuestra propia casa, modelos que imitar: el P. La Cerda comenta de una vez para siempre á Virgilio; el P. Idiáquez, con los Padres de Villagarcía, trabajan porque la cultura clásica sea fácil, asequible y deleitable, inventando ellos las versiones yuxtalineares; el P. Arteaga reivindica las generosas libertades técnicas del Teatro español; el P. José Alcázar esboza un arte poética española, fundada en nuestros clásicos modelos; los PP. Andrés y Lampillas alzan su valerosa voz en el destierro y la cautividad para volver por los fueros de la literatura española, á quien, más que los escrúpulos de buen gusto, guerreaban las pasiones de secta, y Eximeno procura deshacer la niebla levantada al rededor de Cervantes por un docto, mas escrupuloso comentador D. Vicente de los Ríos y Longhaye y después Baumgartner, son dechados bien manifiestos de críticos; y todos prueban muy claro cuánto se pudo hacer frente á frente de Arnaldo y de Boileau, de Voltaire y de Moratín, de Goethe y de Zola en favor de la causa de la belleza, de la verdad y del bien, que es la de Dios, con las armas de la filosofía

(1) *Razón y Fe*, t. I, pág. 4.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

católica aplicada á la literatura; esto es, con la crítica literaria.

I

Con el cultivo, que hoy se hace muy esmerado, de la crítica, se han multiplicado los frutos de estos estudios, que los hay variados y abundantes en innumerables criterios y maneras de ver.

Criterios de palabras y de ideas, criterios de antiguallas literarias y de lujuriosas novedades, criterios de grandezas monumentales y de figurillas y figulillas poéticas y de puro adorno. Por eso el lector tendrá curiosidad de conocer el que aquí habrá de legislar, y por eso estará justificado indicar algo sobre ello, y hacer ver, mediante una sencilla inducción, que al paso que el arte de la crítica va haciéndose más filosófico, al paso que va rompiendo el matador exclusivismo, ensanchando sus fronteras, teniendo en cuenta más datos; en una palabra, al paso que va ilustrándose más, va también haciéndose más español, más católico, más nuestro.

Explicado así el pensamiento de esta como introducción, encontrará gracia entre los doctos, y me sufrirán que lo exponga con franqueza tanto mayor, cuanto que, desprovisto de autoridad, no llevará á los entendimientos más

persuasión que la producida por los argumentos en que se apoye. Tal vez el sentido estético y la crítica juiciosa esté de parte de los que han hablado antes; lo que no estará exclusivamente con ellos será el leal amor á la verdad y el deseo sincero de contribuir con su cornado al triunfo y engrandecimiento de la crítica racional, castiza y cristiana.

* * *

Hay que empezar, pues, desbrozando el campo; es decir, prescindiendo de esa turbamulta de críticos, que no son más que la prolongación del público y la mosquetería encaramada en las columnas de los diarios de gran circulación. Jóvenes avispados ayer en la Universidad, empuñan hoy la pluma y la palmeta, y á éste quiero, á éste no quiero, van decretando honores ó palmetazos, según el aura popular, su pasión ó la *malesuada fames* les sugiere, sin cuidarse poco ni mucho de que encarame

> Su lengua lisonjera
> Lo que condena la verdad sincera,

ó de que pongan por los suelos reputaciones que los siglos han cimentado y que el unánime

asentimiento de los sabios tiene por muy legítimas. Para ellos, cuando son modernistas, nada hay como lo contemporáneo: Homero es vulgar, Píndaro frío, Calderón ridículo y Lope de Vega un niño de escuela si se comparan con Renán y Zola, con Pablo Verlain y con el Conde de Tolstoï. Si, en cambio, priva el clasicismo, entonces hoy día no se escribe nada digno de leerse, aunque ellos mascullen mal el latín de la *Historia Sagrada* de Lhomond.

Y de éstos basta: sólo queremos poner en guardia á nuestros lectores contra esa crítica menuda, género tan abundante, que dice con razón de él un escritor: «Si resucitara Molière en estos tiempos de análisis, que dicen los filósofos cursis, no necesitaría consultar con su criada el mérito de sus obras, como es fama que hacía muchas veces..... Los Molière del día, si hay alguno hoy, que lo dudo, encuentran donde quiera sin buscarla á la ignorancia, que pronuncia su veredicto sobre cuanto hay de divino y de humano, y se queda tan fresca» (1).

Y delante de todas, va la crítica bibliográfica.

Es cultivada por obreros infatigables y modestos, que exhuman diariamente cuanto hacinado encuentran en polvorientos archivos.

(1) *Solos de Clarín*, pág. 20.

La lección dudosa, la palabra roída por los ejecutores del tiempo, las variantes halladas en diferentes códices, ó nacionales ó extranjeros, agotan á veces su prodigiosa laboriosidad. Éstos preparan el camino de la crítica literaria, pero sería de desear que la llevaran en su alma y que ella dirigiera sus manos para elegir las obras que han de editarse. Porque abrir el camino á la verdadera crítica literaria que ha de tener por objetivo reconstruir, digo mal, construir de planta, escribir de nuevo nuestra historia literaria, amontonar los materiales que puedan servir á los que acometan tamaña empresa, es obra por completo laudable, y que exige talento, sagacidad, fortuna, y, sobre todo, inexpugnable paciencia, para luchar con los ejecutores del tiempo, con sus aliados naturales la ignorancia, la incuria, y aun las ofensas de los plomos de imprenta, y con el desdén y la frialdad natural con que muchos reciben estos trabajos. Pero hay en ella peligro manifiesto, si el bibliófilo busca la satisfacción de su curiosidad con preferencia á la utilidad común; si el papel raro ocupa el lugar de honor que corresponde al documento fehaciente de aquellas obras que fueron las características de nuestra cultura literaria, ó si la atención bibliográfica se emplea en exhumar otras que, de puro entretenimiento, constituyeron un deporte de nuestra raza, pero

no el género por ella hasta el delirio preferido.

Elogios merece el Sr. D. Emilio Cotarelo, cuyos méritos para con la vieja literatura castellana le han abierto las puertas de la Academia, y el francés R. Toulché-Delbosc, editor de la *Bibliotheca hispanica*, que con gran esmero y selección va reproduciendo obras ignoradas antiguas. La *Colección de Autos, Farsas y Coloquios del siglo XVI*, trabajada por M. Leo Rouanet, era indispensable. Por fin, la monumental edición de Lope de Vega, costeada por la Española, trabajada por quien mejor ó únicamente podía hacerlo, D. Marcelino Menéndez y Pelayo, y que cuenta con trece volúmenes, no merece sino incondicional alabanza.

* * *

Síguense ya de los críticos literarios. Y ¿quién podrá decir de todos, ni aun de todos los españoles? Bastará indicar las tendencias generales de la crítica en nuestros días, clasificando para proceder con claridad, las doctrinas más bien que los escritores. ¿Quién no sabe la soberana variedad que es nota característica de muchos críticos? Pocos ejercitan su férula con regularidad matemática, y no hay código que sufra más interpretaciones que el del buen gusto.

Hay, pues, una crítica que pudiera apellidarse *gramatical*. Hombres, los que la siguen, de criterio estrecho, ven ó afectan ver solamente la corteza exterior de la obra artística, la palabra, y encierran en los preceptos gramaticales todos los resortes de expresar la belleza. Un barbarismo les crispa los nervios, un solecismo les agria el corazón, el roce de dos consonantes ásperas les raja el oído, y la estima de estas cualidades de pormenor de tal suerte les obsesiona, que su falta les arranca el libro de las manos y les ciega para la belleza de conjunto, para la hermosura del ideal, para todo. Raza de ceñudos, descendientes por línea recta de Hermosilla, apenas si llegan á buenos humanistas.

Las célebres notas al *Quijote*, de Clemencín; el *Diccionario de galicismos*, de Baralt; la *Historia de la literatura*, del estrechísimo Ticknor; la *Prosodia castellana*, con su famoso *Hospital de versos incurables*, de D. Eduardo Benot, y, no digamos, el asombroso *Arte de hablar y escribir*, de Hermosilla, y, por fin, los montones de cascote literario que con tanta abnegación propia, como regocijo ajeno, va recogiendo el popular *Venancio González*, ofrecen innumerables ejemplos de esta clase.

Por exageración de este criterio han cristalizado en numerosos tratados de eso que se llama *Literatura preceptiva*, como ejemplos

típicos, reparos de esta laya, v. gr., sobre las concordancias viciosas y construcciones obscuras del *Quijote*, sobre los *ripios* de Fr. Luis de León y los *solecismos* de Fernando de Herrera; reparos que halagarán, ¿quién lo duda?, la infantil petulancia de los principiantes, viéndose hechos jueces de los maestros del habla castellana; que no indican sino perfecciones á que una lengua primeriza ó una prosodia métrica incipiente no llegaba; que son indicios de la limitación humana, pero que no rebajan el esplendor de aquellos luminares mayores; ó que á veces no son faltas, sino de los cajistas y copiantes torpes, y otros son giros exquisitos, gala, libertad y fueros del antiguo castellano, locuciones clásicas perdidas hoy con menoscabo de la elocuencia y de la lengua.

Y aun en el caso de que sean verdaderas faltas, detenerse morosos en ellas es lo mismo —como dice preciosamente D. Juan Valera— que ponerse á considerar la Venus de Milo con un vidrio de aumento, deplorando las asperezas y sinuosidades del mármol y prefiriendo el barniz, la lisura y el pulimento de una muñequita de porcelana.

Más elevada es la idolatría de la forma de otros críticos que se llaman á sí mismos *modernistas*. Tienen siempre en los labios el deseo de «romper convencionalismos», de «no coar-

tar los vuelos de la fantasía», de ser nuevos y admirables, y vacíos de ideas ponen su empeño todo en ahuecar violentamente la forma exterior; no son grandes, sino hinchados. Para ellos clavetear las cláusulas con voces raras, sesquipedales y un tanto cuanto científicas y extranjeras; describir por dar á conocer no sus ideas, sino su palabrería técnica, sus imágenes rebuscadas; decir que una voz es «mezcla de hachazo y de lanzada», que «un pueblo se europeiza», que hay «hombres telegráficos, telefónicos y telepáticos», que una «nación abre sus ventanas para civilizarse», que «un crepúsculo es opalescente» y unos «besos rojos», y «una mirada en *si bemol*», es realizar en literatura las hazañas de Hércules.

Recomendamos á estos críticos el siguiente párrafo hallado en un periódico, de esos que por obligación y no por gusto se han de leer, y digan por su vida si hay modo más *modernista* de decir la vulgaridad de que el otoño empieza:

«Las últimas palpitaciones estivales se bañan en apacible frescor. Quiébrase por cien partes la letárgica quietud del verano y las roturas dan paso á lumínicos chorros (?) de vida espiritual. Las abrasadas calles, dormidas largas semanas bajo las áureas caricias del fuego celeste, soportan otra vez en las tardes blancas (*sic*) el desfile irregular de la diseminada multitud, de los holgazanes, de los hacendosos, de los risueños y los dolientes..... Recuperan los mendigos su audacia *primaveriza* y se apos-

tan con calculada desigualdad á lo largo de todos los caminos de la villa. Acomódanse otra vez los andrajosos en las escalinatas de los monumentos *que las tienen* (¡naturalmente!) y se enraciman.....» Y por fin: «Una ráfaga de viento, cargada de balsámica frescura, se levanta con efímera existencia mientras agoniza el crepúsculo vespertino entre irisados temblores. Otoño pasa.»

Sólo puede competir con *eso*, *esto otro* que copiamos de un libro bien impreso:

«Se marcaron entre los poetas (del siglo XIX) dos tendencias suicidas: una, la de los que pusieron sus ideas y sentimientos en contraposición á los del siglo.»

Esto será una vulgaridad liberal, pero está dicho con cierta sencillez; arrepentido de ella, añade el autor entre culinario y fisiólogo:

«Caracteres de una pieza que murieron de inanición por asco á los guisos de la moderna cocina y cuya autopsia descubrió un jugo gástrico de primer orden, que había preferido atacar las propias paredes de la cavidad que lo contenía, antes de ejercer sobre ningún alimento extraño su extraordinaria potencia digestiva.»

Se impone cortar la alegoría.

Y deplorar que en España se escriba y se imprima, y se lea y se alabe esa retórica desequilibrada y ese gongorismo de baja estofa.

Por una maravilla, estoy por decir, natural, llegamos á otros críticos que protestan contra la retórica, la denigran, se burlan de los escritores afectados que la cultivan, y, bien mira-

dos, no son ellos sino críticos *modernistas*. La diferencia entre éstos y aquéllos es accidental; aquéllos llevan la afectación y el modernismo á las palabras, éstos á los demás resortes de expresión. Si alaban una elocuencia, será la elocuencia altisonante y deslumbradora de Castelar; si una novela, será la novela falseada de puro *realista*, que tiene por su representante á Zola; si un drama, será el efectista y exagerado, con caracteres cuales nadie ha visto, hombres-tesis cuya vida es una fatídica casualidad y una descorazonadora y horrible condenación: dramas, por citar alguno, como *Juan José*, *El nudo gordiano* ó *El loco Dios*. La admiración con que hasta los últimos años de su vida habló Leopoldo Alas del novelista Zola y del tribuno Castelar, pudo estar producida, yo no lo decidiré, por esa falsa crítica, panegirista de lo deslumbrante, más que de lo verdadero. El corrompido gusto de muchos hermanos nuestros americanos, las poesías de Rubén Darío, las *Academias* del Sr. Reylles y tantos otros escritos á este tenor y según esta pauta brotan de este tan envenenado manantial.

Escudriñando las causas de toda esta crítica se hallan varias: una, el deseo de romper con lo convencional sin respetar el sentido común, quiere ser original y es irrespetuosa con las leyes consagradas por las civilizaciones artísti-

cas; otra, la imitación de los parisienses, en quienes, más que en ningunos otros, se nota el empeño de lo inaudito, de lo extravagante y de lo raro.

Y si ahondamos más aún hallaremos otra. Este gusto y esta crítica es igual á la de aquel Fusco, de quien dice Séneca el retórico:

«Es el estilo de Fusco (1) deslumbrador, pero obscuro y dificultoso; su ornato rebuscado por extremo; la unión y colocación de las palabras, muelle y afeminada más de lo que un ánimo varonil puede soportar..... *Splendida oratio et magis lasciva, quam laeta.* Discurso y estilo deslumbrador, más bien voluptuoso que agradable, sin fuerza oratoria y desprovisto de aquel vigor y como espada aguda de la elocuencia, *deerat illi oratorium robur et ille pugnatorius mucro.* Y el estoico preceptista asignaba la causa de este gusto corrompido y afectado. *Nihil enim est ingeniis tam mortiferum, quam luxuria.*»

* * *

Los contrastes tienen su razón de ser. Y por eso cuadra aquí hablar de la que pudiéramos llamar *aristocracia* de la crítica. Erigida en escuela por D. Leandro de Moratín, ha logrado grandísima autoridad. No se roza con el vulgo de los escritores desaliñados é incultos; ama los estrados académicos y la quietud y retiro de los museos; goza con la forma, no con la menuda de los gramáticos, que deses-

(1) Séneca, *Controv.*, lib. II.

tima sin despreciarla, sino con la más elevada, amena, tersa y gallarda, severa en líneas, parca en adornos, y que vive en los mansos resplandores de una ática elegancia. Los modelos griegos y latinos son su continuo estudio, y su trato diríase que era en las faldas del Parnaso, cogiendo sus flores y gozando las caricias de las Musas y las Gracias, pues aunque admira los esplendores del genio, parece que se detiene con más deleite en Virgilio que en Homero, en Moreto que en Calderón, más que en Granada en Cervantes. Cervantes es para ella el perdurable modelo, y jamás hablando de él puede ocultar su vivísimo entusiasmo. H. Taine la describe en el pasaje siguiente:

«El clásico, dice, no sabe *ver* (1). Siempre comedido y razonable, trabaja, sobre todo, en ordenar y proporcionar las partes. Tiene sus reglas á mano y las esgrime en cualquier caso. No se remonta jamás á la fuente de lo bello como los grandes artistas, del primer vuelo, por la clarividencia y eficacia de la inspiración natural; se para en las regiones medias, entre preceptos y bajo la dirección del gusto y del sentido común..... Los clásicos puros gustan más del arreglo y del orden lúcido que de la verdad pura y de la invención valiente. Llevan siempre abierto su manual preceptivo: lo que se conforma con él tiene genio, lo que no, no. Adisson, para juzgar á Milton establece que, según las reglas del poema épico, la acción del *Paraíso* es una, completa y grande; que los caracteres

(1) (*Hist. de la littér. anglais*, t. III, página 392....., edic. 11.ª, París, 1903).

son varios y de interés universal; que los afectos son naturales, propios y elevados; que el estilo es claro, variado y sublime. Ya, pues, podemos admirar á Milton; tiene el certificado de Aristóteles.»

Atraídos por su elegancia y prestigio han formado esta escuela y prestado á sus doctrinas amplitud y tolerancia nombres muy ilustres, verdaderas lumbreras del buen gusto, escritores doctos y exquisitos: Lista, Martínez de la Rosa, Nicasio, Bretón, Hartzenbusch, Marqués de Valmar, etc., etc. Y en medio de la verdad que respiran las observaciones del cultísimo Valera sobre el género patibulario actual, se percibe, como en todas sus obras, ese sibaritismo literario que describimos.

«Francamente, dice (1), yo he creído siempre y sigo creyendo, que una novela, corta ó larga, debe ser libro de pasatiempo y solaz..... Yo estoy tan chapado á la antigua, que en dicho punto sigo siendo aristotélico, sin comprender por qué ha de llamar Goncourt obra de bajo entretenimiento á la que no me exponga con su lectura, llena de negros horrores, á que mi digestión se turbe. Cosa endiablada me parece que se proponga un autor escribir novelas no para darme buenos ratos, sino malos, y que la medida que yo tenga para estimar su talento esté en razón directa del mal rato ó del pesar que me da al leerle. Tales cosas me parecen enormidades, y no sólo pugnan con toda la estética que yo había estudiado ó me había forjado, sino también con mi natural inclinación apacible, suave y algo inclinada al optimismo.»

(1) *Ecos argentinos*, pág. 82.

Bien declara esto mismo con su gráfico estilo el citado Taine:

«Los clásicos de los dos últimos siglos (XVIII y XIX) no han podido concebir al hombre sino como culto. El niño, el artista, el bárbaro, el inspirado no los han comprendido. Con más razón todas las personas que están sobre el hombre, han escapado á su entendimiento. Su mundo se reduce á la tierra, la tierra á su gabinete de estudio ó al salón académico.» En tiempos de Luis XIV, el mundo se reducía á Francia, Francia, *toute la France* (1). á la tertulia del Hôtel de Rambouillet. «Estos clásicos no llegan á sentir á Dios, ni á la naturaleza: si lo sienten es para reducir la naturaleza á un jardín y Dios á un frío vigilante. Para ellos el genio es la elocuencia; la poesía, el discurso; el drama, el diálogo..... Quieren que se les conmueva, no que se les arrastre; permiten que se les toque el corazón, mas con tal de que se les halague. Agradar razonablemente, esta es la fórmula de su literatura.»

Rasgo saliente de esta fisonomía crítica es, por lo dicho, cierto escepticismo literario, que, por lo que hace al efecto artístico, obliga por lo menos á prescindir de la verdad ó falsedad, bondad ó malicia, belleza ó deformidad del ideal y de sus relaciones con la expresión, con tal que ésta sea correcta, marmórea, escultural. Á esta tolerancia se debe, sin duda, la benignidad de los más notables críticos con el

(1) Emile Faguet, *Hist. de la Litt. français*, t. II, página 36.

pagano Goethe (1). Quien los lea apenas si adivinará el verdadero carácter de sus obras. Porque aquel hombre de desgarradas costumbres, de razón ciega para todo lo que no fuera materia, panteísta empedernido, adorador del *Gottnatur* (Dios-naturaleza), que él se forjó; escéptico, que confunde en la misma veneración al sol y á Jesucristo; sibarita refinado, entregado á los más viles placeres, lleva estos ideales á sus obras, los envuelve en una atmósfera sofocante de voluptuosidad y aun de orgía, y lo encubre todo, como aquellos sepulcros del Evangelio, con el frío mármol de una expresión clásica, pulimentada, maravillosa (2).

Consecuentemente es característica de estos críticos la predilección por lo humano y la belleza natural, con olvido, ó algo más, de la literatura sagrada. Este carácter es timidez en unos, como en Hartzenbusch (3); brevedad y

(1) Menéndez y Pelayo, *Ideas estéticas*, siglo XIX, introducción, págs. 131-132; Valera, *Sobre el Fausto*. Obras, tomo III, págs. 265-333.

(2) Para conocer la índole, carácter y poesía de Goethe pueden verse, además de sus obras, *La Philosophie de Goethe*, por E. Caro, París, 1880, y GOETHE, *Sein Leben und seine Werke*, por J. Baumgartner, S. J., Friburgo, 1886.

(3) Véase su prólogo sobre el Teatro de Calderón.—Edición de Rivadeneyra.—*Comedias de D. Pedro Calderón de la Barca*, t. I, pág. XIV.

ligereza en otros, como en Valera (1); indecisión y frialdad en aquéllos, como en Martínez de la Rosa (2); persecución, más ó menos enmascarada, en éstos, como en ambos Moratines (3). De lo cual ha resultado que para los primeros y los mejores trabajos sobre nuestra literatura sagrada y sacramental, hemos necesitado hacernos discípulos de extranjeros y aun de protestantes. Cuán elocuentemente se queja D. Manuel Cañete de este olvido y desdén contra la poesía sagrada dramática, demostrando que nada lo puede disculpar, ni

(1) Sobre el *Fausto* de Goethe. Obras, t. III, páginas 319-329.

(2) Poética, canto VI, not. 17. Obras, t. I, páginas 470-479.—Edic. París, 1827.

(3) De D. Nicolás recuérdanse sus *Desengaños al Teatro Español*, su campaña contra los autos sacramentales, que pinta Menéndez y Pelayo en su *Historia de las ideas estéticas*. Siglo XVIII, cap. III, vol. II, págs. 8-37.

De D. Leandro había mucho que decir. En la nota 20, á sus poesías sueltas, circunscribe el ideal sagrado casi exclusivamente á las materias del Antiguo Testamento, más humanas muchas de ellas que sacras, pues «no son abundantes los que ofrece la ley de gracia» (pág. 616, edición Rivad.). En varias ocasiones, como en la *Derrota de los pedantes* (pág. 571, edic. Rivad.), *Orígenes del Teatro Español* (pág. 191), mostró su ceño contra los Autos Sacramentales y la intervención sobrenatural; pero la hiel volteriana la reservó para destilarla abundante en las notas del Auto de Fe, particularmente en la 18, contra la devoción á la Virgen Santísima, y en la 45, por modo tan impío como repugnante (edic. Rivad., págs. 620 y 625).

«Aun poniéndose en el mismo punto de mira, en que por lo común se colocan la mayor parte de los que precedieron y siguieron á Moratín, en discurrir sobre el Teatro Español, aun reduciendo el arte á mera cuestión de forma.» «Dos son, continúa, las principales causas de la falta de imparcialidad en que críticos y preceptistas han juzgado en absoluto el drama español, y muy particularmente el místico y religioso. Una, su índole popular contraria á los cánones de la antigüedad clásica, dominantes en las escuelas de que ellos salían, y el demasiado apego al principio de imitación, para quien sólo era dable realizar belleza siguiendo las huellas de Grecia y Roma. Otra, cierto *espíritu filosófico*, *adverso al catolicismo*, que en el siglo pasado se infiltró, digámoslo así, hasta en nuestros escritores católicos, y para el cual la belleza de nuestro drama es una belleza salvaje, tocada de un fanatismo brutal» (1).

* * *

Y ya que hemos nombrado la pasión en el criticar, digamos dos palabras de una crítica que la tiene por única Musa inspiradora. Acierta en pasar por la forma para sorprender y apoderarse de la idea: la forma es para ella lo que debe ser, un transmisor del pensamiento, del ideal. Pero ¡qué ideales busca! Únicamente los que ó halagan sus desórdenes ó responden á sus preocupaciones. Unas veces, hostigada por las concupiscencias, hoza en el repugnante

(1) Sobre el drama religioso español.—*Memorias de la Academia Española.*—Año 1.º, Octubre, pág. 394.

fango de la novela naturalista, en la despreocupada pantomima del *género chico*, en la insinuación maliciosa del epigrama ó la dolora, buscando el cebo de su apetito, y hallándolo, reparte por tal y único título coronas y vítores retumbantes. Busca otras veces la apoteosis de una doctrina, y entonces aplaude, según la moda, ora la matanza de los frailes, ora la emancipación de la mujer, ora la abolición de los consumos, ora la revolución social. Esta crítica es indulgente hasta cegar con los defectos artísticos: haya escenas de club ó de sala de autopsias, chorree por todas partes la lujuria ó la bacanal, y mas que llore desterrada la gramática, la estética, el arte, y aun el sentido común, tributará á sus autores sus destemplados aplausos (1).

¿Ejemplos? Sirvan unas palabras sobre *Clarín*, dichas ciertamente con ánimo de elogiarle. Otros verán si lo han conseguido:

(1) El arma que esgrime con más frecuencia la prensa liberal es el silencio afectado y sistemático. *La Europa salvaje*, por ejemplo, *Dos feminismos*, de Saj; *La Reina mártir*, del P. L. Coloma; las novelas tituladas *Sin pretensiones*, de C. Botella y Serra, y las poesías del vate aragonés Luis Ram de Viu, no han podido con sus bellezas innegables vencer la conjuración contra lo que no es liberal y sectario. ¡Oh, si se hubiera tratado de un libro escrito de *De bitón á piton* por algún *Sobaquillo!*.....

«Lo que necesita España..... (1) es que la pinchen, que la exciten, que la hagan atufarse.....; lo hizo *Clarín*, é hizo bien, y por ello debemos estarle agradecidos..... ¿Pueden lograrse tales resultados sin proceder de una manera un tanto atropellada y tumultuaria, sin cometer errores gravísimos é injusticias tremendas? Lo creo imposible. El crítico absolutamente imparcial no puede ser crítico de actualidades, de literatura contemporánea: prueba, el insigne Sainte Beuve..... La imparcialidad, respecto de los vivos, ya no la recomienda nadie, sino las retóricas viejas, y aquí sería bueno discutir sobre si en literatura es más fecundo el amor ó el odio.»

Nosotros, que creemos todavía en la imparcialidad del crítico, deploramos la del renombrado *Clarín*, cuando al aparecer en la escena D. Marcelino Menéndez y Pelayo, se lamentó en serio de que venía cercado de aquella deslumbradora gloria un joven «que perdía el placer inefable de entender á Salmerón», y de que «los ultramontanos, que no tenían por donde cogerle, le cogieron por ahí, y hoy Pelayo vive entre los *neos*» (2), y cuando más tarde alabó hasta lo ridículo el desdichado drama de Renán *Le Prêtre de Nemi*, con manifiesta injuria de lo más elemental del sentido común (3).

Esta crítica al uso produjo el sonado éxito

(1) Navarro Ledesma, *Clarín.—La Lectura*, Septiembre, 1901, pág. 370.

(2) *Solos de Clarín*, pág. 33.

(3) *Nueva campaña*, pág. 371.

de *Electra*, el de los discursos progresistas en los Juegos florales, y de *Carlos II el Hechizado*, *Juan José*, *Las Hormigas Rojas*, *La Catedral*, *El intruso* y *Siempre p'atrás*..... Este crítico propagandista y *encarnizado* nos lo ha descrito Emilio Zola, que es, como si dijéramos, que nos da el crítico pintado por sí mismo:

«No puede negarse que el papel de la crítica tiene capital importancia en una literatura, mas no creo en su influjo más ó ménos directo sobre el nivel literario. Ya no estamos en los tiempos en que la crítica llamaba la atención de los escritores para que respetasen los géneros ó las reglas, ó en que distribuía palmetazos como un maestro de aldea..... La crítica se ha engrandecido: ha llegado á ser un estudio anatómico de los escritores y de sus obras. Coge un hombre, toma un libro, los diseca, se esfuerza en demostrar por qué juego de engranajes aquel hombre ha producido este libro..... Todavía voy más lejos. Diré que cada generación, cada grupo de escritores necesitan tener un crítico que los comprenda y vulgarice. El mismo hecho acontece en el teatro. Para cada forma dramática nace una porción de comediantes capaces de interpretar dicha forma. La tragedia ha traído consigo sus intérpretes, que han muerto con ella..... De igual manera, las escuelas literarias requieren combatientes de vanguardia, trompetas que las anuncien y hagan abrir filas entre la muchedumbre para dejarles ancho paso. Compréndese que el crítico, así definido, debe nacer con la generación de escritores á quienes está llamado á revelar é imponer; necesita tener los gustos de esta generación, los mismos amores é idénticos odios; si nace antes ó después de su debido tiempo, no la comprendería, sino que la combatiría. En una palabra, es uno de los soldados del grupo, con más comprensión que invención en

el cerebro, y que se resigna al papel de abanderado, mientras los demás se baten.»

Esta es la crítica de las grandes crisis, Aristófanes la usó en Grecia, Lutero en Alemania, los calvinistas en Francia, Clavijo y Moratín en España y Tolstoï y Kropotkin en Rusia recientemente; ahora mismo es la que se usa en Francia por confesión de Mr. de Gourmond:

«La indiferencia del público hacia las cuestiones literarias es un hecho indudable y consumado. La época de los acontecimientos literarios en que triunfase el arte puro ha pasado, é ignórase cuándo volverá. La obra más famosa de Flaubert sólo interesaría hoy á las gentes á condición de que la conducta y muerte de la mujer de Carlos Bovary estuvieran rectamente presentadas, como consecuencias ineludibles de sus creencias religiosas ó sociales. Las causas verdaderas y esencialmente humanas que Flaubert nos muestra no serían ahora de recibo para los lectores que anteponen la pasión á la sensibilidad artística.

»Clerical ó socialista, concluye Mr. de Gourmond, Emma Bovary se vería menospreciada por uno de esos dos bandos, y la gloria del gran escritor se trocaría en triunfo totalmente electoral. El novelista de hoy ha de verse, por consiguiente, en la necesidad ineludible de elegir, porque la unanimidad de admiradores no habrá nunca de alcanzarla.»

Así queda retratada de cuerpo entero esta crítica de *bandería* ó *parti pris*. No es, pues, crítica, es falange, motín ó asonada, es pasión y verdadero fanatismo.

Resumiendo. Hay *crítica gramatical*, cuya observación se quiebra en la corteza del escrito;

crítica retórica, que, aunque ahonda más, no penetra hasta el ideal estético, y que resulta muchas veces fría, amanerada y hueca; *crítica académica*, conocedora de los resortes de forma, maestra de buen gusto, apreciadora de un ideal bello, pero que rara vez y con timidez, por lo menos, se deleita en los más elevados ideales; *crítica*, por fin, *de partido*, *crítica encarnizada*, que todo lo sacrifica á la exigencia de sus teorías ó sus pasiones, furia, que no musa, del placer y del delirio; éstas son las que hemos estudiado. ¿Cuál nos resta sino aquella crítica serena que estudia el ideal y su expresión, el fondo y forma; que por modo singular, como que se reviste de los sentimientos del poeta, y por ficción artística, como que transmigra en su alma para sorprender el proceso de la elaboración y los infinitos medios que á la obra de arte concurrieron? ¿Aquella para quien no es despreciable ni la historia del poeta, ni sus creencias, ni la civilización en que vivió, ni los oyentes que tuvo, ni el éxito que logró, ni el estado del arte y de la lengua que alcanzó, ni nada de cuanto hubo de iluminarse por la inspiración para que ésta se produjera como llama vivificadora en el alma del poeta? ¿Aquella, por último, que da á los grandes ideales su verdadero puesto, y reclama para ellos su verdadera expresión?

Plácenos nombrar con elogio, por sus ense-

ñanzas de esta crítica, además del citado don Manuel Cañete, á Capmany, en su *Teatro crítico;* á Milá, en sus estudios sobre el *Romancero;* á Coll y Vehi, en sus preciosos *Diálogos;* á D. Agustín Durán, en su magistral juicio de *El condenado por desconfiado*, y en sus trabajos sobre el *Romancero* y el *Teatro de Lope;* al difunto D. Francisco de P. Canalejas, en su discurso sobre el «Teatro sacramental, de Calderón»; al elocuente Pedroso, en su altísima crítica de los autos sacramentales; al Conde de Schack, tan benemérito de nuestra castiza literatura, que merece carta de ciudadanía, y como corona, al príncipe de nuestros críticos actuales, D. Marcelino Menéndez y Pelayo, en los primeros tomos de su *Historia de las ideas estéticas* y en las Observaciones preliminares al Teatro sagrado del Fénix de los Ingenios.

A esta crítica serena y justa nos llevan á una y como de la mano las deducciones más seguras del raciocinio, la fuerza de la autoridad de nuestros antiguos escritores, el sentir, latente, sí, pero bastante claro, de todo nuestro pueblo, las tradiciones literarias de nuestra vieja España y hasta las afirmaciones de todas las escuelas críticas enunciadas, en cuanto positivamente señalan méritos y cualidades laudables, no en cuanto por un exclusivismo vicioso se encierran para morir en su capullo de prejuicios y sutilezas.

II

Porque, ¿qué es la crítica? ¿Es la habilidad de encontrar defectos? ¿El arte de alabar por un tanto convenido? ¿La patente de pensar en voz alta y decir sus gustos personales al más ó menos resignado público? Eso será una censura, una adulación, un capricho; eso no será crítica. Si la etimología vale algo, nos dice (1) que crítico es tanto como juez, y un juez, ni es un fiscal, ni un esclavo, ni un maniático. Un juez tiene su código, ve y examina el hecho, pesa todas sus circunstancias, ahoga en su pecho propensiones y rigores y falla absolviendo, condenando ó decretando honores. El crítico, pues, digno de su nombre, si no quiere ser una unidad del público, debe reconocer un código de arte; con él y por él medir la obra literaria en su conjunto armónico; decretarle, según su mérito, coronas ó perpetuo ostracismo, y estar tan lejos de torcerse por interés, que aun alabe virtudes literarias que no sean las preferidas y cultivadas por él y las que en sus escritos propios campean. ¿Qué cosa por cierto más contraria á la rectitud de un juicio,

(1) De κρίνω, juzgar.